„ pocos, á lo menos tiene la ventaja de
„ que no los pierde.... Es para con ellos
„ alegre, pero sin altanería; libre sin indis-
„ crecion, familiar sin descompostura, pla-
„ centero sin abatimiento, y sabio con
„ prudencia, y sin austeridad.

„ El es delicado, y mal contentadizo
„ sobre lo que se le debe, quando se ama
„ à sí mismo; quiere que se le entienda à
„ media palabra, que se prevenga, y aun
„ se adivine lo que puede agradarle; pero
„ nada exige de otro, que no se imponga
„ á sì mismo, y si por poco motivo que
„ le den èl se queja, tambien sufre, que
„ se quejen aun quando el dá poco moti-
„ vo para ello. Este es su modo de por-
„ tarse con sus Amigos, y asi quiere tam-
„ bien que sus Amigos se porten con él.

ORA-

ORACION FUNEBRE
DE MADAMA
JULIA-LUCINA DE ANGENNES
DE RAMBOUILLET,
DUQUESA DE MONTAUSIER,
Y DAMA DE HONOR
DE LA REYNA.

PRONUNCIADA EN PRESENCIA de Madama la Señora Abadesa de San Estevan de Rems, y de Madama la Abadesa de Hiere, hermanas suyas, en la Iglesia de la Abadía de Hiere, el dia 2. de Enero de 1672.

ORACION
FUNEBRE
DE MADAMA LA DUQUESA DE MONTAUSIER.

¿Mulierem fortem quis inveniet? Procul, & de ultimis finibus pretium ejus.

¿Quièn hallará una muger fuerte? Su precio excede á todo quanto viene de los mas remotos Países. *Proverb.* 31.

SEÑORAS.

EL mas sabio de todos los Reyes, ilustrado de las luces del Espiritu de Dios, inspirado de dejar à la posteridad el retrato de una Muger heroyca, nos la representa revestida de fortaleza, y de hermosura; ocupada en grandes cosas, sin salir de la modestia de su sexo; colmada de bienes de fortuna, pero siem-

siempre dispuesta á derramarlos en el seno de los pobres; penetrada del temor de Dios, y convencida de la vanidad de las grandezas humanas; constituyendo toda su gloria en una solida virtud, y no en el falso explendor de una fragil hermosura; muriendo con un semblante apacible, y risueño; digna de ser recibida en el Cielo, adonde se presenta acompañada de sus buenas obras, y cargada de los tesoros de honor, y de gracia que ha amontonado; digna en fin en su muerte del sentimiento, y de los elogios de su esposo, despues de haver merecido su ternura, y su confianza durante su vida. Pero antes de pintarnos esta Muger fuerte, y animosa, nos advierte, que es dificil el encontrarla; nos dá una idea de ella, pero parece, que jamás ha podido hallar un exemplo. La forma en su imaginacion; y dudando que se pueda hallar en la naturaleza, exclama de esta manera: ¿Quién hallará una Muger fuerte? *¿Mulierem fortem quis inveniet?*

Pero esta alta virtud que con tan poca fortuna anduvo buscando, y de la que parece que no era capaz su siglo, se ha hallado en la persona de la ilustre *Julia-Lucina de Angennes de Rambouillet, Duquesa de Montausier.* En todo el curso de su vida, y de sus acciones ha representado este perfecto original por su generosidad natural, por el buen uso de los bienes, y del favor, por el conocimiento de su nada, y de la grandeza de Dios, por una confesion sincera de las flaquezas, y de las vanidades humanas, por una muerte dulce, y tranquila, por el universal sentimiento de quantos la havian conocido. Y aunque Salomon huviese perdido las esperanzas de hallar esta muger fuerte, y animosa, nosotros podemos gloriarnos de haverla hallado.

Mas ¡ay de mì! Que estas piadosas, y debidas exequias que se hacen á su memoria, estas oraciones, estas

expiaciones, ese sacrificio, esos cantos lugubres que penetran, y traspasan nueſtros oídos, y que infunden la triſteza haſta en lo mas profundo de nueſtros corazones, ese funebre aparato de sagrados Myſterios, esas señales religiosas de dolor que la caridad imprime en vueſtros semblantes me hacen acordar, que la haveis perdido. ¿Todo el explendor de su fortuna se ve reducido à la celebridad de una pompa funebre? De todo quanto ella era no nos ha quedado mas que el triſte pensamiento de que ya no exiſte. Aun aquella amiſtad, y aquel nombre de Hermana, que la carne, y la sangre os hacian tan dulce, se han buelto à su principio, y se han perdido en el seno de la caridad, y amor de Dios. Ya no os queda mas que el dolor de su perdida, y la memoria de sus virtudes; y de aqui en adelante ya no podeis hacer mas que repetir continuamente las palabras de mi Texto: ¿ *Quien hallará el dia de oy una Muger fuerte?*

No obſtante, quando yo considero que los Christianos no mueren; que no hacen sino mudar de vida; que el Apoſtol nos advierte, que no lloremos á los que duermen en el sueño de paz, como si no tuviesemos ninguna esperanza de ellos, que la Fé nos enseña, que la Iglesia del Cielo, y la de la tierra no hacen sino un cuerpo; que nosotros pertenecemos todos al Señor ora muramos, ora vivamos, porque por su resurreccion, y su nueva vida se ha adquirido una dominacion soberana sobre los muertos, y sobre los vivos: quando yo considero (digo) que aquella, cuya muerte actualmente lloramos, eſtà viva en Dios, ¿puedo yo persuadirme á que la hemos perdido? No, no; baſtante se ha llorado su separacion; ya es tiempo de pensar en su felicidad, y en su dicha: el dolor debe rendirse á la Fè, y la compasion natural debe hacer lugar á la consolacion Chriſtiana.

Lo

Lo que yo pretendo, es, bolveros á poner oy dia delante de los ojos su vida mortal, à fin de persuadiros de su inmortalidad bienaventurada. Quiero refrescar en vueſtra memoria las gracias, que Dios la ha hecho, para que alabeis la misericordia que acaba de usar con ella. Todas quantas virtudes ha practicado, producen otros tantos motivos de confianza en la bondad de Dios, que se complace en recompensar á todos aquellos á quienes inspira el servirle. Seguidme, pues, en la division, que voy á hacer de los tres diferentes eſtados de su vida. Examinad conmigo:

Division.
I. *Su prudencia, y sabiduria en una condicion privada:*
II. *Su moderacion en las mayores dignidades de la Corte:*
III. *Y su paciencia en una larga, y moleſta enfermedad.*

Admirad à eſta muger fuerte, que resiſte à las fragilidades de su sexo desde su infancia; al orgullo en su mayor elevacion; y al dolor en el tiempo de su abatimiento, y de su muerte misma. Y ved aqui todo el asunto de eſte discurso. Yo no tengo necesidad ni de palabras eſtudiadas, ni de figuras excesivas, ni de lisongeras alabanzas. Eſtoy en la presencia del Dios de la verdad; hablo á unas almas puras, y sinceras, que tienen horror haſta á la misma sospecha de la vanidad, y de la mentira; y os propongo las virtudes de una vida, de la qual lloro á un mismo tiempo la fragilidad, y la miseria.

PRIMERA PARTE.

SI yo huviese de hablar delante de unas personas á quienes la ambicion, ó la falsa gloria eſtrechan con el mundo, me acomodaria á su flaqueza, y á la cos-

tumbre; y ensalzando el nacimiento de nuestra Ilustre Duquesa, iria á buscarla en la Historia antigua los troncos de la noble familia de Angennes, cuya gloria, cuya grandeza y antiguedad son bastante conocidas. Yo descenderia hasta los ultimos siglos, en los quales se vieron á un tiempo cinco hermanos de esta Ilustre casa, tres Caballeros de las Ordenes del Rey, un Cardenal, y otro Obispo, y todos cinco Embaxadores á un mismo tiempo que llenaban del explendor de sus diferentes virtudes casi todas las Cortes de la Europa. Les diria que su Abuelo Julio Sabellio descendia de una de las mas antiguas familias de Italia; que contaba Reyes, Conquistadores, y Soberanos Pontifices, por sus Antepasados, y que estuvo emparentada con tres de nuestros Reyes. Despues insensiblemente los iria excitando á imitar las virtudes de aquella, cuya nobleza huvieran respetado; y haciendo el animo de lisongear su vanidad, les insinuaria exemplos de moderacion, y de prudencia.

Pero Señoras, ¿havia yo de tener la osadia de hablaros de una gloria que haveis renunciado? ¿Ignoro yo por ventura, que haviendo abandonado el mundo para vivir una vida mas Santa, y mas oculta en el retiro, no aspirais mas que al honor de ser de la familia de Jesu-Christo? Basta deciros que hay una nobleza de espiritu, mas gloriosa que la de la sangre, que inspira unos sentimientos generosos, y una loable emulacion, y que hace que desciendan, y pasen, por una dichosa serie de exemplos, las virtudes de los Padres à los hijos. La sabia, y prudente *Julia de Angennes* parecia haver heredado esta sucesion espiritual: y aquella gloria que ordinariamente no produce sino orgullo, y altivez, no le inspirò sino sentimientos modestos, y ardientes deseos de asistir á los que podian tener necesidad de su socorro.

Pe-

Pero si supo arreglar los movimientos de su corazon, no arregló menos los movimientos de su Espiritu. Por que ¿quien no sabe que fue admirada en una edad en que aun no son conocidas las demas; que tuvo una gran prudencia en un tiempo en que apenas se tiene uso de razon; que se la confiaron los secretos mas importantes luego que tuvo edad para oirlos; que su dichoso natural la sirviò de experiencia desde sus mas tiernos años; y que fue capaz de dar consejos en un tiempo en que las demas apenas son capaces de recibirlos? Hizola desde luego un tan feliz nacimiento el objeto de la pasion, y del cariño de todo quanto virtuoso, y elevado havia en la Corte. Honrabanse todos de su amistad. Ella tuvo la dicha de agradar á las Reynas. Las Princesas de un merito extraordinario, las Damas, à quienes el favor, y la privanza elevaban casi á la clase de Princesas, la deseaban á porfia por su Amiga; y tal fue su destreza, que sin valerse de arte alguno indigno de su grande animo, se conservó siempre en su confidencia, con el beneplacito aun de aquellas mismas que huvieran podido disputarsela: Tantos atractivos tenia su Espiritu; y tanto se havia elevado aun sobre la misma envidia.

Pero aun quando la naturaleza no la huviera dado todas estas ventajas, huviera podido recibirlas de la educacion; y para ser Ilustre bastaba haver sido criada por Madama *la Marquesa de Rambouillet*. Este nombre capaz de causar respeto en todos los espiritus en que haya algun rastro de urbanidad, y crianza. Este nombre que encierra en sí no sé que mixto de la Grandeza Romana, y de la civilidad Francesa; este nombre, digo, ¿no es un elogio abreviado, asi de la que le llevaba, como de las que descienden de esta Señora? Por ella era por quien la admirable *Julia-Lucina* tenia aquella grandeza de Alma, aquella bondad singular, aquella con-

su-

sumada prudencia, aquella piedad sincera, aquel espiritu sublime, y aquel perfecto conocimiento de las cosas que hicieron su vida tan ilustre, y tan gloriosa.

¿Y os diré yo que desde su infancia penetraba ella los mas ocultos defectos de las obras de espiritu, y que discernia en ellas hasta los rasgos mas delicados? ¿Que ninguno sabia apreciar mejor las cosas loables, ni alabar mejor lo que estimaba? ¿Que se guardaban sus Cartas como un verdadero modelo de los pensamientos mas proprios, y de la pureza de nuestra lengua? Traed sino á la memoria esos gabinetes, que con tanta veneracion se miran todavia, donde se purificaba el Espiritu, donde la virtud era venerada bajo el nombre de la incomparable Artenice, donde se juntaban, y concurrian tantas personas de qualidad, y merito, que componian una Corte, y Tertulia selecta, numerosa sin confusion, modesta sin violencia, sabia sin orgullo, y atenta sin afectacion. Alli fue donde, por niña que fuese, se hizo admirar de aquellos mismos que eran por sí el ornamento, y la admiracion de su siglo.

Sucedeles muy de ordinario á las personas, á quienes el Cielo ha dado mucho espiritu, y vivacidad, el abusar de las gracias que han recibido. Precianse de brillar, y lucirlo en las conversaciones, de reducirlo todo á su dictamen, y de exercer un Imperio tyranico sobre las opiniones. La afectacion, la altivez, y la sobervia corrompen sus mas bellos sentimientos, y el espiritu que havia de contenerlos en los limites de la modestia, si fuese solido, los inclina, y hace dar, ó en unas singularidades extravagantes, ó en una ridicula vanidad, ó en peligrosas indiscreciones. ¿Pero se advirtiò jamas ni aun la menor apariencia de estos defectos en aquella, cuyo elogio hacemos oy dia? ¿Huvo jamas espiritu mas dulce, mas suave, ni mas acomodado? ¿Se hizo jamàs temible en las concurrencias? ¿Si se

se hallaba distante de la Corte, no se podia decir que havia nacido para vivir en las Provincias? ¿Si salia de las Provincias, no parecia que havia sido hecha para la Corte? Serviase siempre de sus luces para conocer la verdad de las cosas, y para conservar la caridad; y creia que no era tener espiritu, y talento, si no se empleaba, ó en instruirse en sus obligaciones, ò en vivir en paz con el proximo.

En efecto ¿qué cosa es el espiritu, y el ingenio de que los hombres parece hacen tanta vanidad? Si le consideramos segun la naturaleza, es un fuego, que una enfermedad, y un accidente amortiguan visiblemente. Es un temperamento delicado, que se desarregla, una dichosa conformacien de organos que se gastan, y corrompen, un conjunto de mixtos, y un cierto movimiento de espiritus que se consumen, y se disipan. Es la parte mas viva, y la mas sutil del alma que se agrava, y que parece envegecer con el cuerpo, y hacerse pesada. Es una sutileza de razon, que se evapora, y es tanto mas debil, y tanto mas expuesta à desvanecerse, quanto es mas util, y delicada. Si la consideramos segun Dios, es una parte de nosotros mismos mas curiosa que sabia, que se extravia en sus pensamientos. Es una potencia orgullosa, que es muchas veces contraria á la humildad, y à la simplicidad Christiana, y que dejando de ordinario la verdad por la mentira, no ignora sino lo que sería necesario que supiese, y no sabe sino lo que convendria que ignorase.

Pero esta generosa Doncella se sobrepuso à las opiniones vulgares. Aplicóse á descubrir entre los errores, y los falsos juicios del mundo aquel punto de verdad, y de luz, que hace ver la vanidad de las cosas humanas; y de ella es de quien el sabio parece haver dicho, que sus luces no se apagarian en la noche, *non extinguetur in nocte lucerna ejus*. Si se aprecian los bienes en

en el mundo, á ella lo pareciò que era necesario recibirlos de la Providencia, y comunicarlos por la caridad. Si se pretenden los honores, ella juzgó que bastaba hacerse digna de ellos. Si se tiene apego à la vida, ella la despreció, luego que pudo conocerla.

Permitidme, Señoras, que me detenga en estas ultimas palabras, que me sirva de toda vuestra atencion, y que alabe aqui una de sus mas celebres acciones, en la qual se ostentaron igualmente la fuerza del Espiritu, y la caridad Christiana. Dios, que de quando en quando imprime el terror de sus juicios en los corazones de los hombres por los castigos publicos, afligió á la Capital de este Reyno con una enfermedad contagiosa: estendióse desde luego la peste sobre el pueblo: pasó despues à las casas de los Grandes: acercóse al Palacio de los Reyes: no perdonó á vuestra familia, y os arrebató un Hermano, en una edad todavia tierna, casi de los brazos, y à la vista de vuestra caritativa Madre. Pero ay de mi ¿Soy yo destinado para renovar todas las llagas de vuestra Familia, y de quantos Difuntos es preciso renovaros la memoria con ocasion de una sola? En este lance, pues, fue quando esta Doncella fuerte, y animosa diò un exemplo memorable de su firmeza. Todo el terror de la muerte no fue capaz de hacerla abandonar su casa; y quiso asistir á este hermano moribundo, sin temer aquellos mortales alientos, que introducen el veneno en los corazones.

Bien sabeis vosotras el horror que se tiene á estos contagiosos suspiros que salen del seno de un moribundo, capazes de dar la muerte à los que viven. El mal que consume al uno, amenaza á los otros. El peligro casi es igual en el que padece, y en el que le asiste; y no se puede sacar, sirviendo á esta suerte de enfermos, sino el infeliz consuelo de verlos morir, ó la tris-

triste esperanza de seguirlos dentro de pocos dias. En esta ocasion la naturaleza se relaxa demasiado en sus derechos, y en sus ordinarias obligaciones. Las leyes de la carne, y de la sangre no son tan fuertes como el horror de una muerte casi inevitable. La Religion misma dispensa de estas funestas obligaciones á los que no estan ligados á ellas por un caracter particular. Es permitido comprar los socorros, y emplear en ellos á unas almas á quienes la codicia arroja á los peligros, ó que una Caridad excesiva, y superabundante ha consagrado al bien publico. Pero *Julia* se eleva sobre los sentimientos de una piedad comun. Parece que ha nacido para executar acciones heroycas; Sacrifica voluntariamente una vida dulce, feliz, é ilustre desde sus primeros años; y por una constancia admirable permanece firme en medio del peligro que hace temblar á los mas esforzados.

Vosotras admirais sin duda esta firmeza, que Dios ha recompensado con tantas prosperidades, y tantas gracias; y creeriais, Señoras, que el ultimo esfuerzo de su constancia fue este sacrificio que hizo de su propria vida, si yo no os traxese á la memoria, que haviendo hallado en fin un merito, y un corazon dignos de ella, se vió tambien en peligros, que temió mas que los suyos mismos, y una vida que le fue mas amable que la suya propria.

Ya me parece, que os acordais de los combates, de las heridas, y de las victorias de su Ilustre Esposo: Vosotras repasais en vuestra memoria aquellos exemplos de fidelidad, que han dado estos dos Consortes en los tiempos de confusion, é inobediencia; el uno rindiendo Ciudades por su valor, el otro ganando los corazones por su industria; reduciendo el uno los rebeldes á su obligacion por el terror, y por el esfuerzo de sus armas, excitando el otro la fidelidad en el animo

de los pueblos, por la veneracion que la tenian; el uno atravesando esquadrones enteros, sin temer ni la fuerza, ni la multitud, ni el peligro, ni la muerte misma, el otro viendole bolver despues de un glorioso combate todo cubierto de sangre, y lleno de heridas, sin que la afliccion domestica la impidiese trabajar en la seguridad, y en la quietud de la Provincia.

Jamás huvo corazon penetrado de un mas vivo dolor que el suyo; pero tampoco huvo jamás corazon que fuese tan constante. Su tristeza no la impedia el estar prevenida. Lo que ella, al parecer, iba á perder, no la hacia olvidar lo que debia conservar. La ternura para con su Esposo se acomodaba en ella con sus cuidados por la Republica. Aliviando las mortales heridas del uno, y calmando los peligrosos movimientos de la otra, cumplia á un mismo tiempo con todas las obligaciones de una Esposa fiel, y de una fiel Vasalla. Ya no es necesario mas para haceros ver como resistiò à la flaqueza, y debilidad de su sexo. Restame el mostraros como resistió al orgullo en su elevacion.

SEGUNDA PARTE.

DEcia en otro tiempo un Antiguo, que los hombres havian nacido para obrar, y para gobernar el mundo, y que por eso los Dioses les havian dado, como en herencia, el valor en los combates, la prudencia en las prosperidades, y la constancia en la mala fortuna, y en las desgracias. Que las Mugeres no havian nacido sino para el descanso, y para el retiro; que toda su virtud consistia en permanecer incognitas, sin grangearse ni el vituperio, ni la alabanza; y que aquella era, sin duda, la mas virtuosa, de la qual se havia hablado menos. Y asi, las retiraba de la Republica para encerrarlas en la obscuridad de su familia. De todas las virtudes morales, no las concedia sino un pudor rustico, y retirado; privabalas hasta de aquella buena reputacion que parece estar unida á la honestidad de su sexo; y reduciendolas á una ociosidad, que á él le parecia loable, no las dejaba en suma mas gloria, que la de no tenerla.

Facil es de conocer la injusticia de este dictamen, y opinion. Porque ademas que la Philosophia nos enseña, que el espiritu, y la sabiduria son de todo sexo; que las almas de una misma especie tienen semejantes movimientos; y que teniendo unos principios comunes de razon, y de equidad naturales, son capaces de las mismas virtudes; la experiencia nos advierte tambien, que Dios suscita de quando en quando mugeres fuertes, á las quales eleva sobre las ordinarias fragilidades, y flaquezas de la naturaleza, y parece que las dà un temperamento particular, y que las hace dignas de sostener grandes empleos, y servir de exemplo, y de ornamento á su siglo.

Tal fue la incomparable *Julia-Lucina*, á quien toda la Francia ha admirado por tan largo tiempo, y á quien oy dia llora toda la Francia. Ella tuvo todas las prendas naturales, que forman un merito eminente, y que atraen la estimacion comun, y la publica veneracion. ¡Que no pueda yo pintaros aquel ayre de grandeza, y aquella magestad acompañada de tantas gracias! ¡Aquel espiritu tan docil, y á un mismo tiempo tan delicado! ¡Aquel juicio tan ilustrado, y tan incapaz de ser engañado! ¡Aquella alma tan noble, y tan generosa! ¡Aquel corazon tan sensible al honor, y à la verdadera gloria! ¡Que no pueda yo expresaros aqui aquella inclinacion liberal, y benefica,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

que jamás perdió ocasion de servir á los que necesitaron de su socorro! ¡ Aquellos modales atentos, humanos, y oficiosos, que tantos corazones la ganaron! ¡Aquel modo de explicarse tan proprio, y tan natural! ¡Aquel ayre ingenioso, y particular, que hacia su conversacion tan agradable! ¡Aquellos pensamientos, siempre fundados sobre los principios de la razon, y sobre la experiencia del gran mundo, cuyos genios, cuyos intereses, y cuyos usos tenia tan bien conocidos! ¡Que no pueda yo, en fin, deciros lo que acaso vosotros sabreis mejor que yo, si el dolor de haverla perdido no os hiciese olvidar por algun tiempo el placer, que haveis tenido de haverla conocido!

Aun quando vosotras no supieseis ni el nombre, ni la historia de la persona, de que os estoy hablando; aun quando huvierais olvidado toda la gloria de vuestra casa ¿no reconocerais en esta pintura que acabo de hacer, todos los rasgos de una Señora Ilustre, capaz de formar el espiritu, y el corazon de los Hijos del mayor Monarca del mundo? ¿De inspirarles unas palabras, y unos pensamientos dignos de su calidad [y nacimiento, de imprimir en sus almas, todavia tiernas, aquellos elevados sentimientos que distinguen las almas Reales de las del resto de los hombres? ¿De enseñarles el arte de hacerse amar de sus vasallos, antes que sepan hacerse temer de sus enemigos? ¿De sostener la gloria, y las esperanzas de un gran Reyno? En una palabra: de ser Aya de un gran Delphin de Francia? Por lo que en ella se veía, bien se podia venir en conocimiento de lo que se debia esperar de ella; y en el tiempo en que nació aquel Joven Principe, facil era juzgar, que Dios (cuya Providencia vela siempre sobre los Reyes, y sobre los Reynos) la havia destinado para su educacion, y que el Rey (cuyo discernimiento es tan justo) la debia elegir entre todas las Personas

nas de su Corte para un tan importante empleo.

En efecto, Señoras, el Rey la eligió para confiarla aquel Real Niño, que hace oy dia el amor, y las delicias de los Pueblos. En aquella eleccion no tuvieron parte, ni la ambicion, ni la casualidad. Havia la prevenido toda la Francia por sus votos, y por sus deseos; y el Soberano la hizo con toda justicia, y conocimiento. En aquel tiempo en que comenzaba el mismo á cargarse con todo el peso de los negocios, en que meditaba aquellos gloriosos designios que despues ha executado, de reprimir la injusticia, de restablecer la disciplina, de corregir los abusos que se havian deslizado aun en las mismas Leyes, de asegurar la paz en sus Provincias, y de restablecerse en sus derechos, ó como Conquistador, ó como Principe pacifico: en aquel tiempo (digo) en que ocupado de las grandes maximas de equidad, que despues siempre ha practicado, comenzaba á recompensar por sí mismo el merito de sus Vasallos, creyò que no podia dar otra idea mas grande de su discernimiento, y de su justicia, que encargando á la persona mas fiel, y mas Ilustre de su Reyno el cuidado mas importante de su Estado.

Y asi, siendo ella quien ha tenido la gloria de formar los primeros sentimientos, y las primeras palabras de este Joven Principe, ¿podia él pensar, podia hablar mas dignamente? Ella le ha enseñado á levantar sus manos puras, é inocentes al Cielo, y dirigir sus primeras atenciones acia su Criador: Ella le ha inspirado sus primeros votos, y sus primeras oraciones: Ella le ha sacado de su corazon los primeros suspiros. ¡Quantas veces, enjugando sus lagrimas, pidió à Dios que le inspirase ternura y compasion para con su Pueblo! ¡Quantas veces, al corregirle algun defecto, pidiò para él un corazon recto, y docil à las inspiraciones del Cielo! ¡Quantas veces suplicó à Dios (que tie-

tiene en sus manos los corazones de los Reyes) formase de èl un Principe á la medida del suyo! ¡Y quantas veces hizo ella aquella peticion del Propheta, *señor, dad al Rey vuestro juicio, y vuestra Justicia al Hijo del Rey*! Omito aquellas instrucciones tan utiles, y aquellas maximas tan puras, que despues le insinuó; y dejo aquellas que huviera podido insinuarle, si Dios la huviese prolongado el curso de sus años. Contentome con decir, que jamás huvo inclinacion mas fuerte, que la que ella tuvo á aquel Principe. Porque ¿quién podria explicar la alegria que sentia en sí, quando le veia mostrar sus buenas inclinaciones, crecer sus buenos habitos, y brotar aquellas preciosas semillas de gloria, y de virtud, que con tanto cuidado havia sembrado en su corazon? ¿Pero quién podria explicar tampoco el dolor que ella sintió, quando la Providencia de Dios la sacó de este empleo, á que estaba tan aligada por la inclinacion, y por el afecto, como por la fidelidad, y por la obligacion?

En efecto, nada hay tan amable como la infancia de los Principes destinados al Imperio, quando estos dan señales de un dichoso natural. En ellos se ven unos rayos de la Magestad de Dios templados con las sombras de la fragilidad de hombres. Son estos unos Soles en su Oriente, que recrean la vista, y no la ofuscan todavia: Cada uno busca en su rostro algunos presagios de su futura felicidad. En sus mas minimas acciones, se creen hallar los fundamentos de las esperanzas publicas. Son tanto mas queridos, quanto nada tienen que los haga temer; y reynan tanto mas fuertemente en los corazones, quanto aun no reynan en sus Estados.

La Magestad de los Reyes mas inspira respeto, que ternura. Ella es una especie de Religion civil, y culto politico, que nos hace venerar aquellos rasgos que la mano de Dios ha gravado sobre la frente de aque-

aquellos à quienes se ha dignado comunicar su poder. Ellos gustan de conversar, y bajarse á nosotros; pero nosotros no nos atreveriamos á subir á ellos. Por mas que sean los Padres de los Pueblos, son tambien los Señores, y los Soberanos. Por flaquezas que puedan tener como hombres, el titulo de hombre se oculta (digamoslo asi) bajo el de Monarcha; y por bondad que tengan los Reyes, siempre tienen el esplendor, y la pompa del Imperio. Pero quando no tienen mas que aquel agrado que les dá la edad; quando no se vé en sus ojos, ni en sus restros otra cosa que rasgos de dulzura, y de inocencia; quando son todavia bastante dociles para oir la verdad; y quando en lugar de una gracia que un Antiguo decia (*a*) daba Dios á cada Soberano para templar la austeridad del Mando, parece que les acompañan todas las gracias juntas: Entonces inspiran amor, y ternura en los corazones de quantos los miran, y mucho mas en los que los gobiernan, y que deben ser los instrumentos de la felicidad publica.

¿Y huvo jamás Aya mas zelosa en esto? ¿Huvo jamàs Joven Principe mas amable? Pues juzgad por aquí quan sensible la fue esta separacion. No pudo hallar consuelo sino en la obediencia que siempre tenia al mas Grande, y al mas Sabio de los Reyes, y en el honor que tenia de pasar al servicio de la mas grande, y de la mas piadosa Reyna del mundo.

¡Mas ay de mi! que era preciso prepararse para otras separaciones mucho mas sensibles. ¡O muerte! ¡Cruel muerte! ¡Que aun no la dejaste por mucho tiempo el gusto de ver el fruto de sus trabajos! ¡Que aun no

(*a*) Xenophonte.

no pudo ver cumplidas la mayor parte de sus esperanzas! ¡Que aun no vió brillar aquellas grandes prendas, cuyos principios havia ella formado! Alma bella, que reposas al presente en el seno de la paz, y del eterno descanso, yo bien sé que era esta la unica dulzura, que la hizo desear el vivir. Pero si aun te queda algun sentimiento por el mundo que has dejado; sabete que aquellas primeras virtudes se fortifican; que tu obra cada dia se perfecciona; que una parte de tí misma acaba lo que tu has comenzado; que tu ilustre Esposo emplea en esta tan importante educacion aquel espiritu que tu tanto has estimado, aquella alma que aun está tan estrechamente unida á la tuya, aquel corazon en que todavia estás viva; y que enmedio del dolor de haverte perdido, tiene el consuelo de bolver á hallar alguna cosa tuya en el espiritu, y en las acciones de aquel admirable Niño que instruye, y que cria.

¿Pero à qué proposito, Señoras mias, interrumpir yo por medio de estas funestas ideas, la gloriosa narracion de sus honores, y de sus empleos? Este havia de ser el lugar proprio de representarosla en el mayor lustre, y expleador de su vida; honrada con la estimacion, y la confianza de sus dueños; colmada de todas las gracias que podian recaer sobre su persona, ò sobre su familia; y seguida de todos aquellos que reconocian su merito, ò adoraban su favor. Pero yo bien sé, que jamás puso su confianza sino en Dios solo; y tengo presente, que hablo con unas Esposas de Jesu-Christo, que traen una vida humilde, y penitente, y para quienes toda grandeza humana no es sino vanidad. Y asi, no discurramos sobre esta gloria, sobre este explendor, y estas dignidades, sino para conocer el buen uso que hizo de ellas.

Los honores se han hecho para recompensar el meri-

rito, para practicar la prudencia, y para servir de ocasiones de buenas obras; y asi no pertenecen de derecho, sino á las almas moderadas, justas, y caritativas, que los reciben sin ansia, que los poseen sin orgullo, y que los retienen sin interès. Pero el espiritu del mundo ha pervertido el verdadero uso de ellos. Se pretenden sin merecerlos; se abusa de ellos, quando se han obtenido; y no se quiere gozar de ellos, sino para sí solo, quando se poseen. La ambicion los adquiere, aun por los mas iniquos medios; la vanidad los mira como preferencias, y distinciones del resto de los demás hombres; y la injusticia hace que se retenga todo el fruto, que debiera comunicarse á los otros. Pero nuestra Ilustre Duquesa ha evitado estos escollos. No solicitó los honores, aunque los tuviese merecidos. No se sirvió de toda la autoridad que huviera podido tomarse. Y empleó todo su valimiento en asistir à todos quantos tuvieron necesidad de su socorro.

Si la grandeza, y la tranquilidad de su alma havian sido menos continuas, yo solamente os diré que jamás empleó ninguno de aquellos artificios, que los Ambiciosos llaman ciencia del Mundo, y el secreto de lo venidero; y que ella no se insinuó en la Corte, ni por continuas solicitaciones, ni por indignas adulaciones, y lisonjas. Pero bien puedo pasar mas adelante, y deciros, que elevó su espiritu sobre las falsas ideas de los hombres; que mirò sin envidia lo que era superior à su fortuna, asi como vió sin desprecio todo lo que parecia inferior á ella; que buscò la virtud por ella misma, y no por su esplendor, y sus recompensas; y en fin, que los honores la hallaron sin que ella se tomase el cuidado de buscarlos.

Traed sino, Señoras, à vuestra memoria los principios de sus empleos. Hallabase molestada de una peligrosa enfermedad que la consumia; ¿Y cómo havia

de solicitar votos para su fortuna aquella, que apenas cuidaba de su cura? ¿Havia de haver entablado pretensiones por la gloria de la tierra, quando tanto se acercaba á la del Cielo? ¿Podian acaso estimularla con los empleos, quando se tenia tanto cuidado en conservarla un momento de vida? No se pedian para ella esas grandes prosperidades; bastante era no perderla; y enmedio del peligro en que se hallaba, solo restaba el Cielo que desearla. Pero Dios oyó los votos de su Familia, al mismo tiempo que oía los de la Francia. Hizo este Señor que naciese un Principe, que havia de ser el heredero de este gran Reyno: y de este modo impidió que muriese aquella que su Providencia tenia destinada para su Aya.

Pero no basta entrar de este modo en los honores, si no se usa de ellos con moderacion quando se poseen. Los que saben arreglar sus deseos, no siempre arreglan su autoridad. El orgullo, que casi es inseparable del favor, y de la privanza, es un veneno penetrante, y sutil, que insensiblemente se introduce en el alma de los Grandes; y aun aquellos mismos, que no eran ambiciosos en una condicion mediana, llegan algunas veces á ser insolentes, quando se hallan en una mayor elevacion. Mas la admirable *Julia-Lucina* no se dejó deslumbrar del esplendor de las dignidades del siglo. Quanto mas elevada se viò, tanto se mostró mas modesta. Conocia muy bien el fondo de la vanidad, y llena de aquellas juiciosas reflexiones, que fortalecen el espiritu contra las falsas opiniones del Mundo, *¿qué es lo que hacemos* (decia un dia) *y qué es lo que pretendemos con nuestro orgullo? Todas nuestras dignidades caerán bien presto con nosotros; la muerte confundirá las cenizas de las personas que brillan en la Corte, con las de aquellas que estàn ocultas en la obscuridad del retiro; y toda la diferencia consiste en algunos titulos mas, ó menos en los Epitaphios de nuestros sepulcros.* Era todo su estudio el emplear utilmente su favor, y valimiento; y se puede decir de ella, que haviendo tenido, segun el Mundo, motivos, y muchas veces ocasiones favorables de resentirse de las injusticias que se le havian hecho, sacrificó siempre sus resentimientos, y jamás quiso perjudicar, ni aun á aquellos que podia tener por sus enemigos, ó por mejor decir, á sus envidiosos.

¿Y cómo havia de haver querido ofender á ninguno, aquella cuyo carácter proprio era el ser bienhechora, y la que (para servirme de los terminos de un célebre Romano (*a*)) no tanto parecia una Señora mortal como una Divinidad favorable á todos los desgraciados? Ella sabia muy bien, que los que tienen entrada para con los Reyes deben, segun su poder, presentarles las súplicas, y las lagrimas de sus vasallos, como hacen los Angeles de paz, que llevan ante el trono de Dios los votos de los Justos, y los inciensos de sus Sacrificios. Sabia, que los Grandes son tanto mas las imagenes de Dios, quantos mas medios tienen de hacer bien; y que parece no haver nacido sino para exercer la caridad. Sabia, en fin, que se necesita la intercesion, y el favor en la Corte, donde las injusticias son mas frequentes, que los beneficios; donde se desprecia á los abandonados de la fortuna; donde toda la envidia asalta à los Poderosos, y ninguna compasion alcanza à los debiles; y donde se cree hacerles alguna gracia á los miserables, quando no se acaba de oprimirlos.

Que-

(*a*) Valer. Max. lib. 4. cap. 8.

Queria mas emplear su reputacion por los intereses de los otros, que servirse de ella para los suyos propios. Ni el temor de hacer á algunos ingratos, ni el disgusto de haverlos hallado pudieron impedirla jamás el hacer bien. Y asi, si era necesario apoyar alguna pretension justa, y razonable, dár à conocer un merito oculto, obtener una gracia dudosa, dár á conocer una fidelidad, que se havia hecho sospechosa, apreciar un servicio conocido, minorar una falta remisible, dar un consejo saludable, y procurar un pequeño establecimiento; siempre estaba pronta á executarlo; semejante á aquellos rios, que corriendo con imperio, y magestad, riegan las tierras estériles, y secas, y recogiendo las aguas, que se perdian en los campos, van á pagar al mar su tributo, y el de los arroyuelos, de que se han aumentado.

Su modo de hacer bien era siempre mas estimable que el mismo beneficio. Oia sin enfadarse, hasta á los importunos; y aun quando para con ella saliesen negadas las pretensiones, siempre iban acompañadas de gracias. Su prudencia la hacia elegir los momentos favorables para pedir; y yo digo de ella, lo que el Sabio dixo de la Muger fuerte; que una Ley de dulzura gobernaba su lengua, y un espiritu de prudencia, y de discernimiento arreglaba todas sus palabras: *Os suum aperuit sapientiæ, & lex clementiæ in lingua ejus.* (a) Y asi, quando Dios la sacó de este Mundo, donde la havia hecho tan util, y donde su memoria está en bendicion, en un tiempo en que cada uno juzga de su proximo con libertad, en que cada uno se forma un diseño de las buenas, y ma-

(a) Proverb. c. 31. v. 26.

malas qualidades de los que mueren, y en que bolviendo à delinear cada uno en su imaginacion los motivos que tiene de congratularse, ó de quejarse de ellos, segun sus pasiones, hace su epitaphio á su moda; ¡Què de sentimientos sinceros! ¡Qué de elogios nada sospechosos! ¡Qué de testimonios publicos de estimacion, y de reconocimiento no ha recibido! Aquellos, cuyas pretensiones, ó cuyas quejas ha presentado ante el trono, ofrecen por ella todos los dias, y por todas partes los sacrificios de sus lagrimas, ó de sus oraciones. Las familias, que ha socorrido, y que la debian el reposo, que ahora gozan, ruegan incesantemente por su descanso eterno delante de Dios. Las Ciudades mas numerosas se juntan para hacerla con magnificencia sus debidas pompas funerales. Las Provincias, que en otro tiempo edificó por su piedad, y socorrió con las limosnas que expendió en ellas, resuenan del rumor de sus alabanzas. Los Sacerdotes ofrecen por ella el Sacrificio de Jesu-Christo sobre los Altares, y los pobres que ha socorrido, piden á Dios por ella misericordia.

¿Huvierais creído vosotras, Señoras mias; vosotras que haveis conocido los peligros del mundo desde vuestra infancia, y que haveis temido su corrupcion; huvierais vosotras creido, que se pudiese hacer un tan buen uso de èl, y que se pudiesen sacar los medios de su salvacion de este esplendor, y de esta abundancia, que son tan de ordinario ocasiones de desgracia, y de ruína para las almas? No obstante, no creais tampoco, que para consolar, ó para aliviar vuestro dolor, quiera yo exagerar la virtud de aquella que tan amargamente llorais, y justificar á un mismo tiempo á ella, y al mundo. No quiera Dios que yo busque materias con que elogiarla á costa de la verdad, y que por una falsa complacencia pro-

ca-

cure acomodar el espiritu del siglo, y el espiritu de Jesu-Christo contra las reglas del Evangelio.

Yo bien sé que su vida ha sido arreglada: ¿pero puede ella haver permanecido baltante pura, baltante desprendida, y baltante christiana? Dios la ha librado de los grandes desordenes, que casi son inseparables del favor, y de la fortuna, es verdad: ¿pero evitó acaso aquellas fi agilidades unidas á la naturaleza? ¿aquellos deseos del siglo, de que habla San Pablo; aquellas consideraciones, y respetos humanos; aquellas intenciones medio buenas, y medio malas; aquellas cobardes condescendencias; aquella inutilidad de vida; y aquellos afectos tibios, que cada uno tiene por su eterna salud? ¿Estuvo esenta de aquellos defectos inevitables en el Mundo, donde la concupiscencia domina las almas mas desinteresadas; donde los espiritus mas firmes se dejan arrastrar del exemplo, y de la costumbre; donde si uno no se pierde, á lo menos se extravía muchas veces; y si no le niega su corazon á Dios, á lo menos le reparte entre él, y las criaturas?

Que á ser asi, por muchas virtudes, que hayamos observado en ella, quedaria yo receloso todavia. Pero fuera de que aquellos peligrosos años los pasó cerca de una Reyna tan Ilustre por su piedad, como por su nacimiento, que mas de ordinario se halla al pie de los Altares que sobre el Trono, y de la que se pueden aprender unas virtudes capaces de santificar la Corte misma: Yo considero que ella ha rescatado sus pecados por las limosnas, que secretamente ha derramado en el seno de los pobres, y que los ha satisfecho por una larga penitencia que ha sostenido con muchisima fortaleza, que es la tercera parte de este Discurso.

TER-

TERCERA PARTE.

SI la Ilustre Duquesa, cuyas prosperidades acabamos de ver, huviese acabado sus dias en los placeres, y en la alegria del siglo; si deslumbrada del resplandor de su fortuna, huviese entrado en el horror, y en las tinieblas del sepulcro; si saliendo de los Palacios de los Reyes, se huviese hallado de improviso ante el Tribunal de Dios: á la verdad, Señoras, que no hablaria de su muerte sino con temblor; os excitaria à llorarla, y os diria, que debiais interrumpir este elogio funebre con vuestros suspiros, y con vuestras lagrimas.

Yo bien sé, que la Iglesia (que conoce el precio, y la eficacia de la Sangre de Jesu Christo) no desespera jamás de la salud eterna de los que mueren en la fé, y en el uso de los Sacramentos; que Dios exerce quando quiere sus juicios de misericordia sobre sus escogidos; que tiene gracias vivas, y penetrantes, que consumen en poco tiempo toda la impureza, que el comercio de los hombres, y el ayre contagioso del Mundo dejan en el corazon; y que hay preciosos momentos de caridad, que valen por años de penitencia. Pero tambien sè, que es necesario haver sufrido con Jesu-Christo, para reynar con Jesu-Christo; que es preciso reconciliarse con Dios por la oracion, por las lagrimas, y por el retiro, quando se ha seguido al Mundo su enemigo. Sè, que la penitencia de aquellos que se dejan sorprehender en la hora de la muerte es sospechosa; que su tristeza muchas veces no es mas que un sentimiento de morir, y no un dolor de haver vivido mal; que su abatimiento proviene de la debilidad de la naturaleza, mas que del zelo de la caridad; y que sus suspiros mas son efectos de un temor

pi-

puramente humano, que frutos de una sólida penitencia.

Pero yo doy gracias à Nuestro Señor Jesu-Christo de havernos librado de estos temores. Yo hablo con confianza de una muerte Christiana, preparada por enfermedades sensibles, y que humillan, por una perfecta separacion de los placeres, y de los consuelos humanos, por una enfermedad cruel, y dolorosa, por una entera sumision á la voluntad de Dios, y por una larga paciencia.

En otro tiempo los Sagrados Canones mandaban á los Penitentes permanecer muchos años en un estado de expiacion, antes de ser admitidos á la participacion de los sagrados Mysterios. Sacrificabanse á sí mismos, para tener parte en el sacrificio de Jesu-Christo. Quedabanse postrados á las puertas de los sagrados Templos, antes de atreverse à llegar al Santuario. Tenianse por demasiado felices de entrar en la alegria del Señor por las lagrimas, y por los sufrimientos, y de procurar aplacar su justicia, antes de gozar de sus favores. Pues lo que la Disciplina de la Iglesia havia establecido, la Providencia de Dios ha executado, Señoras, sobre vuestra virtuosa Hermana. El rompió los lazos que la prendian, y aficionaban al mundo, para atraerla à la Celestial Jerusalen. El la purificò por el exercicio de su paciencia, para que fuese digna de entrar en su gloria. El la humilló delante de los hombres, para elevarla hasta sí, y por tres años de penitencia la dispuso á gozar de una eterna felicidad.

¿Y os representarè yo aquí sus primeras enfermedades, sus fuerzas que cada dia se iban disminuyendo, yo no sé qué peso, que insensiblemente la iba consumiendo, y una debilidad imprevista, que la embargaba en medio de sus mayores empleos? ¿Os diré yo, que mil veces recogió aquellas pocas fuerzas que la quedaban para cumplir con sus obligaciones ordinarias, que su corazon jamàs se resintió del abatimiento de su cuerpo, que su zelo la sostuvo en los decaimientos de la naturaleza, que sacrificó su salud, por debil, y consumida que estuviese, al honor de estar cerca de una gran Reyna, y que de quantos males sufria, jamàs se quejó de otro que de la impesibilidad en que se hallaba de servirla? Pero dejemos estas circunstancias que tienen un poco de mundo, y pasemos de estas virtudes civiles á las Christianas que ella ha practicado.

Su retiro fue el principio de su penitencia, y la violencia que se hizo apartandose de la Corte, donde el habito, los honores, las gracias, la inclinacion respetuosa, que tenia por el Principe, la tenian tan estrechamente aprisionada; esta violencia, digo, fue el primer sacrificio que ofreció à Dios. O! y qué dificil es reducirse à la soledad, quando se ha vivido largo tiempo en la Corte de los Reyes! Acostumbrados los ojos á ver la figura de este mundo que pasa, por la parte mas brillante, se retiran con facilidad, quando nada hallan que lisonjee su curiosidad, ó su codicia. Lleno el espiritu de magnificas ideas, y complaciendose en perderse en sus vastos pensamientos, se entristece luego que se halla encerrado en sí mismo, y reducido á un pequeño numero de objetos languidos, y que no le mueven sino debilmente. Acostumbrada el alma à ser agitada de grandes pasiones, que la excitan vivamente, ya no se deja herir de aquellas debiles, y ligeras impresiones que recibe en el retiro. De aqui proviene aquel apego que se tiene á esta vida, aunque inquieta, y trabajosa. Los que se quejan de ella todos los dias tan altamente, ya dan à entender por ultimo que les desagrada.

La paciencia es sostenida en ella por el deseo, y el deseo por la esperanza. Este es aquel encanto que llama el sabio: (a) Formase en ella un atractivo casi involuntario. Reconocese su servidumbre, y nada se teme tanto como la libertad: por dificultoso que sea vivir en ella, es insoportable el separarse. A vos solo, Dios mio, os toca quebrantar las cadenas de estos Esclavos, disipar el encanto que los deslumbra, y llenar de vuestras verdades adorables los espiritus, y los corazones á quienes el mundo, que vos haveis vencido, ocupa con sus vanidades.

Y ved aqui la gracia que Dios hizo à esta Ilustre difunta, cuya muerte lloramos nosotros. El la conduxo à la soledad, para hablarla al corazon en el secreto, y en el silencio. Salió del Egypto, y por desiertos secos, y estériles pasó á aquella dichosa tierra, por donde corre leche y miel. Consideró sus ultimos años como reliquias de una vida que havia dividido, y que ya no queria consagrar sino à Dios solo. Aquella imaginacion, en otro tiempo tan viva, no la representaba el mundo sino á lo lejos. Aquella memoria, que havia estado tan pronta, y tan presente, llegó á estar enteramente vacìa de especies, y de imagenes del siglo; queriendo Dios por un triste, pero dichoso abatimiento, que no pensase mas que en él; que no se acordarse sino de él; y que no fuese sensible mas que para él solo.

Despues de esta separacion, brumada del peso de sus enfermedades, se aplicó á sufrirlas christianamente; y aquella grandeza de alma que havia ostentado en todas las acciones de su vida, aun se mostró mayor en su paciencia. Acaso dirá alguno; que no sintió aque-

(a) *Fascinatio nugacitatis.* Sap. c. 4. v. 12.

aquellos agudos dolores, que hacen mirar á là muerte como consuelo, y á la vida como suplicio; que su Cruz fue mas molesta que pesada, y que aquella languidez, que la consumia insensiblemente, mas era una privacion de los placeres, que una pena efectiva, y dolor actual. Verdad es, que no sufriò aquellas crueles punzadas de dolor que pasan el cuerpo, que despedazan el alma, y agotan en un momento toda la constancia de un enfermo. Es verdad, que por la desconfianza que tenia de sus proprias fuerzas havia pedido à Dios muchas veces, que la librase de esto, y que parecia haverla oido sus suplicas. Pero si su misericordia mitigó el rigor de su penitencia, su justicia aumentó la duracion, y no necesitó menos fortaleza, para sostener aquella larga prueba, que si huviera sido mas corta, y mas rigurosa.

En efecto, en los males violentos la naturaleza se reune enteramente, y el corazon se arma de toda su constancia; sientese mucho menos en fuerza de sentir demasiado; y si se padece mucho, siempre hay el consuelo de esperar, que no durará largo tiempo. Pero las enfermedades de languidez, y descaìmiento son tanto mas penosas, quanto menos se alcanza á ver el fin de ellas. Es necesario sufrir, asi los males, como los remedios, que son tan molestos como los males mismos. La naturaleza cada dia se siente mas agoviada, las fuerzas se disminuyen á cada momento, y la paciencia se debilita tanto, como el que padece. Aqui es donde nosotros podemos aplicar á nuestra muger fuerte lo que Salomon dixo de la suya: (a) *Accinxit fortitu-*

(a) Prov. 31. v. 17.

tudine lumbos suos : Que reunió todas sus fuerzas para combatir aquella enemiga languidéz, que incesantemente la estaba quitando alguna parte de sì misma, y que cada dia tiraba algun golpe mortal à su pecho.

Y asi ¿pudo ser mas igual una paciencia de tres años? ¿Sacó jamás el dolor de su boca, ó de su corazon, no digo una queja amarga, ni una palabra de murmuracion interior, pero ni aun un solo movimiento de impaciencia, ó una palabra de inquietud? ¿Se la hizo acaso su penitencia demasiado larga, ó demasiado rigorosa? ¿Creyó ella, que su cruz era demasiado pesada, ó demasiado acerba? Almas Santas, delante de quienes hablo, acostumbradas á llevar el yugo del Señor desde vuestros mas tiernos años; criadas à los pies de los Altares, á la sombra de la Cruz de Jesu-Christo; consumadas en el exercicio de una penitencia austera; ¿Sufris vosotras con mayor constancia, ni con mayor fé los trabajos, que Dios os embia? Pongo por testigos á vuestros corazones, y á vuestras conciencias. ¿Conservais vosotras mas religiosamente que ella, la paz interior en vuestros retiros, y en vuestras soledades? No, no. Quando la Providencia de Dios la separò del mundo, dejó los honores con tanta generosidad, como vosotras tuvisteis en huirlos. Saliendo del Palacio de Louvre, practicó virtudes, que no se aprenden, al parecer, sino en los Claustros; y despues de haver cumplido con todas sus obligaciones en la Corte, sufrió, como vosotras sufris en vuestras celdas, sin murmurar, y sin quejarse.

¿Qué digo yo, Señoras? *¿sin quejarse?* ¿Me he de olvidar de lo que he visto, y de lo que he oído? Quiero decir, de aquellos suspiros que salian de lo profundo de su corazon, de aquella tristeza que cubria su

su rostro, y de aquellas palabras mezcladas de dolor, y de temor? No temais, Señoras; no temais cosa que se oponga á su memoria, y á su virtud. Esta inquietud de que hablo, no era una decadencia de animo, ni falta de espiritu; era sí un zelo ardiente de penitencia. No era una señal de apego à la vida, sino dolor de haver tenido motivo de apegarse à ella. Sentia el haver sido demasiado feliz, y no padecer bastante; y repasando en la amargura de su alma aquellos años que havia pasado en los honores, y en la gloria del siglo: *Yo no siento el morir* (decia) *lo que siento, y de lo que me quejo es de haver vivido con demasiada felicidad. Los trabajos que el Cielo me embia, no son proporcionados à las prosperidades que he recibido; y tengo mucho que sufrir, por no haver sufrido lo bastante.* Y despues de esto ¿anhelarèmos nosotros mortales, y pecadores, por una alegria que pasa, y que no deja mas que el pesar? ¿Y tomarémos nosotros por objeto de nuestra ambicion esos honores, que deben ser algun dia motivos de tristeza, y de temor? ¿Y llamarémos nosotros felicidad de nuestra vida á lo que es necesario dejar, à lo que es preciso aborrecer, y á lo que es indispensable satisfacer despues de nuestra muerte?

Perdonad, Señoras, esta especie de colera, y sentimiento; porque lo que yo digo para confundir las personas del siglo, debe serviros de consuelo, y haceros comprehender que sois dichosas en haver renunciado las grandezas, y las prosperidades mundanas: y aun mucho mas felices, y dichosas de que vuestra Ilustre Hermana, despues de haver gozado todo su esplendor, ha reconocido tambien toda su miseria. Sì por cierto; conociò muy bien, que havia en ellas yo no sé que malignidad, que muchas veces las hacen criminales, y siempre á lo menos peligrosas. Creyó que era

era necesario emplear una parte de su vida en llorar aquella en que el Mundo havia tenido demasiada parte. Ya no pensó mas que en acabar su tiempo de penitencia, y ni aun siquiera quiso desear estár menos enferma.

¿Padecer la enfermedad con paciencia; hallarse en indiferencia de la enfermedad, ó de la salud; no echar menos sus prosperidades pasadas; no desear, ni aun el verse libre de las enfermedades presentes: esta suspension de deseos entre la vida, y la muerte, y esta voluntad sumisa á la de Dios, no son el caracter de una alma christiana? Tristes, pero fieles testigos de sus ultimos sentimientos, ¿quantas veces no os dixo ella estas palabras: *Yo no hago votos, ni promesas por mi salud; yo solamente hago los que son dignos de Dios, y mas importantes para mi; yo lo que le pido es, que me salve, no que me cure.* ¡Oh! ¡y quan distante estaba de la flaqueza ordinaria de los que caen en enfermedades! Ellos siempre se lisongean con la esperanza de su salud: agoviados del dolor, y de la molestia, emplean toda la fuerza que les queda en hacer votos por su salud. Si no pueden levantar las manos, ni los ojos al Cielo, dirigen á lo menos sus suspiros. Está ya muerta una parte de ellos, y la otra desea vivir. Aun quando ellos apetezcan la inmortalidad, quisieran detener la muerte, que les conduce á ella; y acercandose al Cielo, á que aspiran, miran todavia, casi sin pensar en ello, à la tierra que dejan. ¡Tan natural es á todos los hombres el deseo de vivir! ¡Y tanto se teme, lo que tanto se desea!

Pero nuestra peligrosa enferma se consideró como una victima destinada al Sacrificio. Ella vió venir el golpe, sin pedir que la librasen de él. No deseó el vivir, aunque huviese vivido con tanto esplendor, y tanta dulzura: ni deseò el morir, aunque su vida languida, y enferma la sirviese de molestia. Abatida por sus males, y no por sus tristezas, no tenia mas deseo que cumplir la voluntad del Señor; ora la dilatase sus dias, para prolongar sus trabajos; ora aumentase sus dolores para consumar su penitencia.

La Providencia de Dios, Señoras, ha permitido que vosotras la hayais visto en este estado. Los que admiraban su constancia, perdieron la suya; los que la lloraban, y sentian, parecian ser ellos solos dignos de llorarse. Fue la compasion mas cruel que el mismo dolor; y los que veian el mal, estaban mas tristes, y mas inmutados, que la misma que lo padecia. De buena gana recogeria yo aqui todos los sentimientos tiernos, y generosos de su ilustre Esposo. Yo os renovaria la memoria de aquella afliccion tan christiana, de aquellas suplicas tan eficaces, de aquellas exhortaciones tan vivas, y tan piadosas, de aquella tristeza tan sabia, y al mismo tiempo tan fuerte, y de aquella caridad sensible, que segun los terminos de la Esposa en los Cantares, (a) hace en nosotros las mismas impresiones que la muerte. ¿Pero será razon enternecer por el dolor de los que viven á las que estais tan sentidas de la perdida, que haveis padecido?

Retirémos todavia un poco (si podemos) estas funestas ideas de la muerte: dejemos de pensar en nuestra Heroìna, por admirar la ternura, y la piedad de su ilustre hija. Nosotros la hemos visto dos años enteros en todos los oficios de la caridad. Tan presto empleaba sus piadosas manos en el alivio de la enferma, tan presto las levantaba ácia el Cielo para pedir á Dios por su salud. Ya junto à su cama, don-

(a) *Fortis est ut mors dilectio.* Cant. c. 8. v. 6.

donde sacrificaba toda su alegria; ya postrada á los pies de los Altares, donde ofrecia á Dios todos sus trabajos, se dividia entre sus cuidados, y sus oraciones, en una edad en que las obligaciones domesticas se tienen por una violencia, y en la que parece, que no se debe vivir sino para sí; en un siglo en que la disciplina de las costumbres está relaxada, en que los enlaces de la sangre, y de la naturaleza ya casi no estrechan los corazones, y en que no ha quedado de la antigua piedad sino lo preciso para la decencia. Quiera Dios, y la naturaleza bolverla lo que ella ha hecho por el uno, y lo que ha executado por la otra; y darla unos hijos, que sostengan la gloria de su nacimiento, ò (por mejor decir) que se la parezcan, y que tengan para con ella aquellos sentimientos tiernos, y respetuosos, que conservó por su incomparable Madre hasta la muerte.

Pero, ¡Ay de mì! Yo pronuncio, sin querer, esta funesta palabra! Y por mas que quiera hacer alguna digresion, buelvo luego contra mi voluntad á este cruel objeto de mi discurso. Contengamos nuestras lagrimas; que esto mas sería oponerme á la memoria de esta Muger fuerte, que mostrar flaqueza. Hablemos, pues, de su muerte, si puede ser, con tanta constancia como ella ha muerto.

¿Quién hay, que no tiemble á solo el nombre de la muerte? ¿Que no se apodere de horror, y de temor à vista de la muerte de otro, y á sola la memoria de la suya propria? Ya sea por una preocupacion de espiritu, que nos hace mirar el fin de nuestra vida como la mayor de todas nuestras desgracias; sea por una Providencia de Dios, que quiere que el hombre resienta la amargura de las enfermedades, y de la muerte, despues que ha perdido por su pecado el placer de vivir sano, y de ser inmortal; ó sea en fin por

por un justo, pero terrible juicio de Dios, que deja algunas veces en los terrores de la muerte á los que han pasado su vida en los placeres, y en la delicadeza; y que abandona á su temor, y á su dolor à los que se han abandonado à sus deseos, y á sus desordenadas pasiones. Entonces se asustan al ver un Confesor, como si este no viniese sino á pronunciar sentencias de muerte. Difierense los ultimos Sacramentos, como si fuesen unos Mysterios, y señales de mal agüero. Despreciense los votos, y las oraciones, que ha instituído la Iglesia para los moribundos, como si aquellos fuesen votos matadores, y estas oraciones homicidas. La Cruz de Jesu-Christo, que debe ser un motivo de confianza, viene á ser para estos espiritus cobardes un objeto de terror; y por unica disposicion à la muerte no tienen mas que el temor, ó la pena de morir. ¡Oh! ¡Qué funestos respetos! ¡Y qué tiento tan peligroso, y criminal no tienen para con ellos! Lejos de hacerles ver su perdida infalible, apenas les advierten el peligro en que se hallan; y aun quando ya se están muriendo, casi no se atreven á decirles, que son mortales. ¡Cruel compasion, que los pierde por temor de asustarlos! ¡Temor funesto, que los hace insensibles à su eterna salud!

La muerte de nuestra Ilustre Duquesa no ha sido una de aquellas muertes imprevistas, ó disimuladas. Ella la vió muchas veces en su mas terrible aparato sin conmoverse. Ella la sintió sobre sí misma sin alterarse. Aquella languidez, aquellos abatimientos, aquellas diminuciones de vida (que Tertuliano llama porciones de la muerte); no la hacian probarse para en adelante? ¿No la servian aquellas recaidas, y aquellas frequentes agonías como de un ensayo para bien morir? La mano de Dios, que dá la vida, y la muerte, que conduce hasta la puerta del sepul-

cro,

ero, y que retira de él quando le place, parecia sacrificarla, y bolverla á resucitar muchas veces, para disponerla à su ultimo sacrificio. El desconsuelo de su familia, las exhortaciones, y los piadosos, y sinceros consejos de su Confesor; el Cuerpo, y la Sangre de Jesu-Christo recibido muchas veces, como Viatico, la Santa Uncion que se dá à los moribundos, administrada dos veces en menos de un año, ¿no eran advertencias que se la hacian, de que era preciso prepararse para la muerte? ¿Aquellos ultimos remedios, que la Iglesia emplea por la salud eterna de los Fieles, no la hacian ver el extremo peligro de su enfermedad?

El valor que mostraba en el padecer hacia que se la hablase con resolucion de sus sufrimientos. Aquellos que mas se interesaban en su vida, se atrevian mas à anunciarla su muerte. No obstante ¿la visteis acaso vosotros inmutar su rostro? ¿Estuvieron alguna vez sus ojos menos serenos? ¿Perdiò por ventura algo de su tranquilidad ordinaria? ¿Su voz fue menos firme, y constante hasta el fin? Verdad es que no la tuvo sino para hablar de Dios en sus ultimos dias. Y asi, si la preguntaban sobre sus males; si la hacian algunas preguntas, mas necesarias para su alivio, que para su salvacion, ella se quedaba muda, y como insensible. Si la hablaban de las disposiciones para la muerte, recogia en su seno todo quanto la quedaba de fuerza, y de sentimiento para dar razon de los impulsos, y movimientos de su alma; y no acordandose del mundo, solamente respondia à aquellos á quienes debia dar parte de su resignacion, y de su Fé.

Ya no me restaba sino bolver á tomar las palabras de mi texto, y acabar por donde empezé. Porque ¿què es lo que me resta que deciros Señoras? Si son exemplos que representaros, vuestra profesion os obliga bastantemente à una vida penitente: Si es la fragilidad de

de las grandezas, y de los placeres del mundo, ya os he dicho que vosotras los haveis renunciado: Si os havia de exortar á moderar vuestro dolor, me acuerdo luego que vosotras no sois de aquellas almas paganas, que no teniendo esperanza sòlida, tampoco tienen verdadero consuelo: Y pudiera ser que yo buscase en los discursos de los Philosophos, y en la persuasion de la sabiduría humana, lo que es necesario hallar en las fuentes puras de la verdad. Y asi, es preciso que Jesu-Christo os hable por sí mismo, como en otra ocasion hablaba à dos hermanas ilustres por su piedad, por su retiro, por los exercicios de caridad, que havian practicado, y por una afliccion semejante à la vuestra: El os dirá; *Esa Hermana que llorais no està muerta. Todos los que creen, y viven en mi, no morirán jamàs.* (a) Vosotras, al parecer, la haveis perdido, ó á lo menos, la haveis llorado. *No obstante ella vive en mi, que soy la resurreccion, y la vida. ¿No lo creeis vosotras asi?*

Si yo penetro hasta vuestros sentimientos, si atiendo á la voz de vuestro corazon, me parece que cada una de vosotras, animada de una fé viva, y de una esperanza sincera, piensa en lo que pensaban aquellas afligidas, y summisas doncellas, y que respondeis lo que una de ellas respondió: *Yo lo creo, Señor, yo lo creo.*

Por lo que toca à vosotros, Christianos, que aun estais apegados al mundo por vuestras pasiones, por vuestros deseos, y por vuestras esperanzas, bolved á entrar dentro de vosotros mismos; reconoced las ilusiones, y los engaños del Mundo; haced de modo, que esta muerte, que tanto os ha conmovido, os sirva

(a) Joan. c. 11. v. 25.

va de disposicion á la vueſtra. ¡Pluguiese á Dios que eſta iluſtre Difunta pudiese aun exhortaros por sí mismal Ella os diria sin duda: No lloreis por mí: Dios me ha sacado por su gracia de las miserias de una vida mortal: Llorad sobre vosotras mismas, que vivis aun en un siglo, donde se vé, donde se tolera, y donde se obra todos los dias mucho malo: conoced en mí la fragilidad de las grandezas humanas: Porque: Que os coronen de flores; que os compongan guirnaldas; esas flores no seràn buenas sino para secarse sobre vueſtro sepulchro. Que vueſtro nombre eſté gravado en todas las obras, que la vanidad del espiritu puede hacer inmortales; ¡quanto os compadezco sino eſtá escrito en el libro de la vida! Que los Reyes de la tierra os honren, de nada os sirve; lo que os importa solamente es, que Dios os reciba en sus Tabernaculos eternos. Que todas las lenguas de los hombres os alaben, de nada vale; ¡infelices de vosotras, si no alabais á Dios en el Cielo con sus Angeles! No perdais, pues, eſtos momentos de vida, que pueden valeros una eternidad bienaventurada. Tres años de enfermedad, tres años de penitencia no se dan á todo hombre. Aprovechemonos de eſtas inſtrucciones: bendigamos á Dios con ella, y procuremos hacernos dignos de las gracias, que él la ha hecho, y de la Gloria que la ha dado. *Amen.*

ORACION FUNEBRE
DE MADAMA
MARIA DE *WIGNEROD*,
DUQUESA DE EGUILLON,
PAR DE FRANCIA,
PRONUNCIADA
EN LA IGLESIA DE LOS CARMELITAS DE LA CALLE
DEL CAPON,
EL DIA 12. DE AGOSTO
DE 1675.